

Bittersweet

Melanie Rostock



neo 

Bittersweet

THE BEGINNING

Plataforma
Editorial



Hay días en los que pase lo que pase me siento con la fuerza y el optimismo suficientes para seguir adelante. *Come what may*. Y hoy es uno de esos días. Aunque debo reconocer que no todo es mérito mío, sino que se dan unas circunstancias que por sí solas mejoran mi estado de ánimo y que se resumen en una sola palabra: verano; mi sinónimo de libertad. Hoy es el último día de curso y empiezan las vacaciones.

Es como si durante todo el año hubiera estado encerrada en una cápsula de cristal, sola, prácticamente inmóvil y sin posibilidad de escapar. Como un animal exótico del que todos tienen algo que decir, señalándolo desde fuera, riendo y comentando lo diferente que es. Y solo en esta época del año alguien abre una compuerta, y parece que ha pasado una eternidad desde que la abrieron por última vez, pero el momento llega y solo me queda saborear ese algodón de azúcar que es el verano.

Creo que cerrar el libro de Matemáticas y despedirme de él durante una buena temporada me produce la misma sensación de felicidad que releer una escena que me ha quedado bien a la primera. No, lo segundo es infinitamente mejor. Por eso sigo dudando si apuntarme al cursillo de verano de literatura que me sugirió Berta. Ni siquiera estoy segura de que queden plazas, porque había un máximo de doce personas. También podría mirarme el que está más cerca de casa, pero entonces tendré que pedirle el dinero a mis padres y me harán demasiadas preguntas. Por no hablar de lo mucho que me taladrarán la cabeza con el típico discurso de temporada: «No te vas a pasar el verano haciendo el vago». Y yo les digo que escribir es todo lo contrario a hacer el vago, hay que tener una disciplina y mucha constancia, pero si la palabra trabajar no está en la frase, ellos desconectan.

Mientras busco el modo de adelantarme a las quejas de mis padres pensando a quién proponer hacer de canguro de sus hijos, una bolita de papel aterrizó entre las páginas del libro. Me vuelvo y sonrío a Connie, que me devuelve la sonrisa con la misma intensidad; porque su jaula está junto a la mía y estamos contando hasta los segundos que faltan para que se abra.

Estoy tan contenta de pasar el verano en casa de mis tíos que creo que me he hecho pis de la emoción.

Esbozo una risa que deja al descubierto mis odiosos dientes frontales. ¿Qué hay de nuevo viejo?

Yo igual. Por cierto, sobre el cursillo. ¿El chungo de barrio o el de pijos? Ya sabes que me inclino por el más barato, pero no sé...

La arrugo y se la vuelvo a lanzar, no sin antes echar un vistazo al frente para asegurarme de que la profesora no está mirando en nuestra dirección. He apuntado un poco mal y la nota se desvía de su trayectoria y va a parar más cerca del pupitre que está justo detrás de Connie. Ella se estira para alcanzarla, pero Erika solo tiene que agacharse ligeramente para llegar antes que ella. La lee y se ríe por lo bajo, llamando la atención de Valerie que está sentada en la fila de la derecha. La nota pasa por el análisis de Valerie, por el de Carol y acaba en la mesa de Alec, que casi siempre es quien ejecuta. Mi optimismo está a punto de ser desmembrado y pisoteado por la chulería de Alec.

Me noto la boca seca, y Connie me mira como si el mundo acabara de caérsele encima.

Alec, con la nota sobre el libro, levanta la mano. No sé qué se dispone a hacer, pero siendo él no puede tratarse de nada bueno. De pronto, el verano está más lejos que nunca.

—¿Sí, Alec? —lo atiende la profesora.

—Es que una compañera mía ha tenido un problemilla y necesita algo — Connie y yo nos miramos con miedo; las dos sabemos que se avecina el huracán de los desastres, ese que me hará llorar toda la tarde, me dejará la cara hinchada y pareceré un monstruo. Hoy tenía que ir a pagar el cursillo y no quiero ir hecha un adefesio—. Disculpe si interrumpo la clase, pero es que ha tenido un pequeño accidente y tiene que salir, pero claro no se atreve a decirlo en voz alta porque es muy tímida.

—No entiendo nada —contesta la profesora, con la paciencia perdida antes tiempo. Todos saben lo payaso que es Alec. Además, le está

costando mucho aguantarse la risa. Valerie se tapa la boca para no delatarse y Carol ya está riéndose.

—Mi compañera Connie Clark ha sufrido un escape de orina y como no lleva compresas de aquellas de pañal de su abuela necesita ir al baño.

Un estallido de risas, orquestadas por las de ellos tres, cubre toda la clase y deja sin voz a la profesora.

Yo noto unos dedos fríos que se aferran a mi brazo, son mis dedos, tienen tanta vida como los de un muerto viviente. Mi piel está de ese mismo color, y Connie, con la mirada gacha, aguanta el chaparrón de las risas. Me pregunto cuándo me tocará recibir.

—Yo tengo pañuelos —dice Erika y le tira un paquete de clínex que rebota en su espalda.

Las risas vuelven a intensificarse y el sermón de la profesora queda soterrado por ellas.

—La fea se ha meado encima de la emoción —Alec llora de la risa—, como los perros cuando su dueño llega a casa. ¡Guarra!

Se oye a alguien ladrar.

—Joder, igual llega Navidad y se caga —chilla Carol y sigue riendo.

—Y Bambi le huele el culo y se echa a llorar de la peste —añade Valerie.

—¡Ya está bien! —grita la profesora aporreando la parte de madera del borrador de la pizarra contra la superficie cubierta de fórmulas. Por fin todos se callan, pero yo no estaré tranquila hasta que no esté lejos de este infierno, a salvo en el autobús de vuelta a casa.

Cierro la taquilla con el corazón en un puño. Nno la volveré a abrir hasta dentro de exactamente un mes y una semana. Un mes de vacaciones pasa demasiado rápido, en cambio el día a día en clase es como el día de la marmota.

—Mi madre está esperando fuera, ¿te llevamos a casa? —pregunta Connie

apoyada en la taquilla de al lado. Lleva esa expresión de «esto no acaba de pasar», pero a mí no me engaña. La conozco muy bien.

—Mañana estarás peleándote con tus primos en la playa, deja de pensar en esto. No vale la pena.

—Ya... —mira hacia abajo—, además me ha dicho mi tía que me tiene preparada una sorpresa y tengo unas ganas de saber qué es que no te cuento —sonríe a medias—. Entonces, ¿te llevamos?

—No, iré directamente a lo del cursillo —alzo la bolsa de educación física—, me quiero cambiar de ropa.

—Ah, ¡genial! ¿A cuál te apuntas al final?

Me cuelgo la mochila y caminamos hacia la salida. Ya casi no queda nadie, todos se han esfumado nada más sonar el timbre.

—Al barato. No tengo ganas de oír a mi madre decir que no pierda el tiempo escribiendo y me dedique a estudiar.

—Pero cuando estés allí ¿dónde le dirás que has ido?

Me encojo de hombros.

—Algo se me ocurrirá.

La madre de Connie saca el brazo por la ventanilla del todoterreno y ella asiente en su dirección. Nos damos un achuchón y un sonoro beso en la mejilla.

—Ya sabes, mándame whats explicándome qué tal —le guiño un ojo.

—Puf. Si no ha pasado nada en cinco años, no será ahora. —Habla del chico que también veranea por allí. Su familia vive en la casa de al lado y sus primos van con él, pero ella no se ha atrevido a cruzar más de tres palabras atropelladas en todo este tiempo. Yo la animo cada año, pero vuelve igual que se fue: loquita por sus huesos, pero muda cuando lo tiene delante. Dice que hasta le entran temblores.

—Tómate algo, Connie. Un buen trago y ya verás cómo te sueltas más.

—No me gusta beber —contesta caminando hacia atrás. Por lo menos ahora sí que sonríe de verdad.

—Los rubios con ojos azules son chicos normales, Connie, no son dioses inalcanzables. Recuérdalo.

—Sí, y a te contaré.

La madre de Connie se despide y me dice que le dé recuerdos a mis padres. Han coincidido alguna vez, pero a mi madre la pone muy nerviosa, dice que emplea demasiada energía en averiguar lo que ocurre en la vida de los demás. Y cuando lo dice pienso que me gustaría que ella empleara un poquito más de energía en saber de la mía.

Cuando llego a la puerta del vestuario, las risas que tanto conozco me dejan paralizada. La puerta está entreabierta y huelo el humo del tabaco desde aquí. Son ellos, todavía no se han marchado, y yo tengo que cambiarme, no voy a irme con el uniforme puesto. Si paso por casa no llegaré a tiempo y hoy es el último día para apuntarse.

Creo que llevo quieta unos minutos sin saber qué hacer hasta que decido que lo mejor será dar media vuelta y cambiarme en un aula vacía. Pero entonces alguien abre la puerta, es Valerie que va con ropa de calle y en la mano lleva la falda de uniforme toda pintada, con firmas, frases y dibujos. Me mira de arriba abajo y suelta una risa abriendo la puerta de par en par.

—¿Alguien ha invitado a la pava a la fiesta?

Dentro, Alec con el cigarro en los labios y un rotulador en la mano me mira y sonríe irónicamente. Está escribiendo algo en el sujetador de Carol. Erika está con otro chico de clase y también está escribiendo algo en el suyo. Hay una botella de licor de manzana en el banco. Se ríen sin parar.

Ya estoy dentro, de modo que ahora lo mejor es meterme en uno de los baños, cambiarme y volverme a ir. No es la primera vez que me repito la misma frase de: «Pasa de ellos, intenta que no te afecte». Pero noto el picor en la nariz y las lágrimas están a punto de contradecir ese mismo

razonamiento. Giro a la derecha sin mirarlos y me meto en el último baño.

—Bueno, yo me piro. ¡Nos llamamos! —dice Valerie, y la puerta se cierra.

—Pero ¿qué hace esta aquí? ¿Cómo se ha enterado? —pregunta el chico que está con Erika.

—A ver si van a venir los profes —interviene Erika.

—No sabía que estábamos aquí. O a lo mejor quiere que le firmes en las tetas, Alec —bromea Carol.

—Yo no pienso ni tocarla. ¡Qué asco! —dice Alec—. Pero mejor nos abrimos. Vamos a la bolera.

—No tengo muchas ganas de jugar a los bolos —escucho la voz melosa de Carol.

Me he puesto los tejanos a toda prisa, me quito el polo y me pongo una camiseta. A continuación guardo el uniforme en la bolsa sin doblar. Estoy tan preocupada por ir rápido que no me doy cuenta de que hace unos segundos que ya no me llega el eco de sus voces. Suelto un suspiro de alivio. Miro la hora en el móvil. «Mierda, si no me doy prisa, me voy a quedar sin cursillo.»

Salgo del cubículo y avanzo rápidamente hacia la puerta. El vestuario está ahora desierto, pero el olor a tabaco y alcohol impregna el ambiente. Coloco la mano en la manija plateada y tiro hacia mí. No se abre.

De pronto el pánico se apodera de mí. ¡Me han encerrado! No sé de donde han sacado las llaves, pero no me importa. Solo quiero salir de aquí. Intento abrir lo más fuerte que puedo, gruñendo, desesperada, pero es imposible, está cerrada con llave. Cojo el móvil, que se queja de poca batería y llamo a mi madre, pero no contesta. Llamo a mi padre, salta el buzón de voz. El móvil vuelve a quejarse de poca batería. Marco el número de Connie y me contesta al tercer tono.

—Tía, ahora no puedo hablar que tengo que...

—Connie —la interrumpo—, por favor llama al colegio y diles que me he quedado —pero el móvil se apaga a media frase.

Las ideas catastrofistas empiezan a martillearme la cabeza, como si fueran bolas de billar que van chocando unas con otras: me quedaré todo el verano encerrada en este vestuario sin que nadie sepa dónde estoy. Es tan patético que solo puede pasarme a mí, porque soy así de perdedora. Las lágrimas sacan toda la impotencia que llevo dentro, y tengo hasta ganas de vomitar. Aporreando la puerta a lágrima viva hasta que las manos me quedan rojas y doloridas. Me siento en el suelo, tapándome los ojos que me escuecen con las manos.

« Se halla sin vida a una adolescente en el vestuario de un instituto. Llevaba desaparecida un mes y una semana.» Suelto una risa histérica. De loca.

Me vuelvo a levantar y le pego patadas a la puerta, gritando como una energúmena. Hasta que me quedo sin voz. Pero nadie lo oye. Ya no queda ni un alma en el instituto.

Me quedo encogida en el suelo, en posición fetal, con la vista fija en las baldosas blancas y, de pronto, me acuerdo de algo que me hace sentir estúpida. Esta mañana le he dicho a Berta que me llevaría el cargador del móvil porque no me había acordado de cargarlo por la noche y me iba a quedar sin batería.

Sonrío y me imagino que debe ser una de esas sonrisas desvalidas de un náufrago que da con algo que lo sacará de esa isla perdida.

Cuando lo enciendo, tengo seis llamadas perdidas. Vuelvo a llamar a mi madre.

Después del lamentable capítulo del vestuario me las ingení para que el profesor de literatura me guardara una plaza. Creo que tal y como estaba en esos momentos sintió pena por mí. Por la voz debió de notar que estaba afectada por algo. Incluso bromeó diciendo que si tanto significaba para mí, me reservaría esa plaza y cualquier otra que quisiera. Que podía pagar la matrícula el primer día del curso.

Ahora estoy subiendo las escaleras de un edificio de viviendas que

parecen las de la salida de emergencia de un pub. La iluminación es igual de oscura. Pero no me puedo quejar, la página web estaba hecha con títulos de WordArt, los cursillos escritos en Times sobre un pergamino electrónico, y un monigote de aquellos negros que pretenden ser dibujos de oficina con el teléfono descolgado al lado de un número de teléfono en negrita.

Todo el conjunto no me ha pillado de sorpresa, y aunque viva en la zona bien, no tengo ningún tipo de remilgos. El profesor me dio buenas vibraciones por teléfono, y si da bien la clase, no me importa dónde sea.

Cuando llego al cuarto piso, respirando afanosamente por haber subido tantas escaleras, me encuentro la puerta abierta, y unas voces alegres me dan la bienvenida. La sala se ve muy grande por la falta de muebles. La gente está sentada en mitad de la estancia, en círculo y, si no fuera porque todos tienen hojas impresas, libretas y libros en la mano, parecería una sesión de terapia de grupo.

El profesor, un hombre menudo de mediana edad, me señala un sitio libre. Casi al final de cada frase, que construye más de una vez por lo rápido que habla, suelta una risa.

—Has llegado justo a tiempo para presentarte. Ahora estábamos, antes de que llegaras, estábamos en eso. Porque, ¿te dije por teléfono que cada uno se presentaba? —asiento—. Así sabemos qué hacemos, y quiénes somos, ¿no? —se ríe mirando al resto de los asistentes, la mayoría adultos—. También una cita, ¿has traído cita? ¿Cómo te llamas?

Se me hace un nudo en la garganta, y antes de responder hago un barrido general a la clase. Berta tenía razón, todos son mayores y no le darán importancia a un nombre.

—Bambi —se forma en mis labios y lo pronuncio tímidamente. Nada más decirlo mi mirada se detiene en uno de los alumnos. Creo que acabo de sufrir un colapso y no seré capaz de pronunciar una palabra más en lo que queda de clase. ¿Cómo voy a presentarme o leer una cita con esos ojos verdes fijos en mí? Es un chico algo mayor que yo, pero no tanto como el resto de la clase; quizá roce la veintena.

El pelo moreno y alborotado en el centro, corto a los lados, y las cejas gruesas y perfectas que enmarcan sus ojos han sido los responsables de que haya perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Como si presentarme estuviera de pronto a la altura de hacer un análisis oral de la Metamorfosis, de Kafka. No es un chico de catálogo, de esos que entran en los gustos de todo el género femenino, porque no está buenísimo. Las facciones angulosas y los labios ni muy carnosos ni tampoco demasiado finos lo hacen especialmente atractivo, y si tuviera los ojos más grandes, la nariz se vería menos. Seguro que las gafas de sol le quedan impresionantes. Pero todo eso deja de tener importancia cuando notas la intensidad de su mirada. Tiene ese algo que lo hace estar seguro de sí mismo, un «no me importa lo que piensen» que se percibe solo en el modo en que está sentado. Está atento a lo que digo, pero al mismo tiempo me está dando a entender que nada de lo que diga va a cambiar ni por asomo el curso de su vida.

—Soy estudiante y siempre me ha gustado mucho escribir —me obligo a desviar la atención hacia otra parte, para poder continuar—. Sobre todo escribo fantasía porque... no sé —bajo la mirada porque me siento estúpida por no saberme explicar, se supone que si sé escribir, debería saber hablar. Luego empiezo a torturarme con lo que deben de estar pensando de mí.

—A mí también me encanta la fantasía, va muy bien para evadirse, ¿verdad? —interviene una chica que lleva dos piercings a cada lado de la nariz. Le sonrío agradecida.

—Supongo que algo así.

—¿Qué cita has traído, Bambi? —me pregunta el profesor.

Y la leo directamente sin decir de quién es.

—«No tiene sentido volver al ayer, porque entonces era una persona distinta.» —Me he apuntado la frase Lewis Carroll en la libreta esta mañana. El calor me ha subido a las mejillas y sé que me he puesto un poco roja porque, sin mirarlo directamente, noto la profundidad de sus ojos. Luego le doy consejos a Connie sobre lo inútil que es ponerse tan

nerviosa y ahora hago lo mismo. La reacción que ese chico provoca en mi cuerpo me ha vencido y tengo la mente nublada del impacto—. Es de Alicia en el País de las Maravillas —aclaro.

—Gran frase, sí señor. La sabiduría que se esconde en el texto de Carroll da para hacer una tesis doctoral, y más de una. Y se han hecho, puedo daros referencias, y libros que analizan toda la historia. —Se pone de pie, pero después de dar un paso se vuelve a sentar—. No, tampoco ahora mismo. Mejor os lo envío por *email*. Ah, tenéis que dejar apuntados vuestros correos electrónicos en una lista que hay encima de mi mesa, en la salida.

Es una persona caótica, y me parece que todos pensamos lo mismo cuando nos miramos y sonreímos.

—Además, funciona como cuento infantil. ¿Alguien se atreve a explicar esa frase?

El chico de ojos verdes levanta la mano y el profesor asiente dándole la palabra, pero lo interrumpe enseguida para recordarle que debe presentarse.

Cuando escucho su voz, noto un cosquilleo en el estómago. Se llama Liam y vive cerca de aquí. Supo del curso por su hermano. Aunque, por su talante, parece que se haya perdido por el camino y en realidad su destino fuera el lugar donde se junta la pandilla con las motos para hablar de chicas y fumar porros. La primera impresión no lleva a pensar que pueda gustarle la literatura.

—... Lovecraft, Poe, Wells, Irving, Tolstoi —lo pilló en mitad de la enumeración de autores preferidos. Y gesticula para dejar claro que hay un largo etcétera—. Sobre la frase, ahí Carroll se refiere a que no dejamos de cambiar desde que nos levantamos. Que cualquier cosa que pase, aunque parezca poca cosa, puede provocar un gran cambio.

«Cualquier cosa que pase, aunque parezca poca cosa puede provocar un gran cambio», se vuelve a repetir en mi mente y no sé por qué, pero tengo la corazonada de que este momento supondrá un gran cambio en mi vida. Lo que está claro es que nunca me he sentido tan a gusto en un grupo

de gente.

—Por eso crece y se vuelve pequeña una y otra vez —apunta una chica. Y los demás alumnos se muestran de acuerdo, menos uno que dice que nunca le había encontrado otro sentido al cuento y que siempre le pareció surrealista y ya está.

Cada uno opina sobre Alicia y la frase, y no me entero de lo rápido que está pasando el tiempo. Tampoco el profesor, que se lleva las manos a la cabeza cuando se da cuenta de que todavía faltan unos cuantos por presentarse.

—El tío iba morado de opio, fijo —dice Liam, y me uno al resto de las risas. La clase se ha convertido en un gallinero.

—¿Y eso que dicen de que estaba obsesionado con la verdadera Alicia? —dice una mujer, como si estuviéramos chismorreando sobre alguien de la escalera. Pero el profesor lo corta y anima a los que faltan a presentarse rápidamente para que podamos pasar a explicar por encima cuáles son nuestros proyectos literarios.

Al final salimos una hora más tarde de la fijada.

Mientras todos apuntan su correo electrónico yo le doy al profesor un sobre con el efectivo de la matrícula. Me pregunta si me ha gustado la clase, aunque por cómo me mira parece estar intentando averiguar si estoy bien. Con toda sinceridad le digo que estoy encantada de haberme decidido por este curso, pero mi mente no hace más que darme avisos de que no me alargue demasiado, que Liam está a punto de irse. Temo que se me note demasiado que quiero irme, porque mis respuestas son muy concisas y no doy pie a seguir con la conversación.

Primera reacción que no consigo controlar: me vuelvo un momento para ver dónde está y me pilla mirándolo mientras hace cola para apuntar su correo electrónico. Yo disimulo mirando al resto de los alumnos.

—Voy a apuntar mi correo —le digo al profesor que primero dice que sí, luego dice que por supuesto, después añade, faltaría más, y por último me pregunta si tengo algún texto escrito. Avanzamos juntos hacia donde están

los demás, y vuelvo a perder el control lanzándole otra mirada a Liam. «Mierda», la sonrisa que me dedica no es la misma de antes, es una sonrisa de «me he dado cuenta de que te intereso». Pero no sé qué decirle; si le hablo, me pondré a tartamudear como si fuera retrasada. ¿A quién le gusta eso? Lo mejor será que me vaya lo antes posible al metro y me dé un tiempo para calmarme y recapacitar. No lo conozco, no sé cómo es. Tiene pinta de cabrón, eso seguro.

—Ahora justamente estoy releendo Alicia porque tengo un proyecto un poco surrealista, algo erótico, pero no pasado de rosca, un poco erótico en un mundo surrealista.

Tiene la oreja puesta porque por el rabillo del ojo veo que se ha colocado cerca de nosotros.

—¿Un relato o una novela? —inquire el profesor.

—Uy, novela no creo. Todavía no me veo preparada para escribir algo largo. De momento solo llevo a hacer cuentos cortos.

Liam ya está escribiendo su correo.

—Perfecto. Por ahí se empieza —me dice, guiñándome un ojo. Pero cuando se va, Liam ya está hablando con alguien de camino a la salida. La rabia que me da no me parece sana. Fastidiada, apunto mi *email* y busco el suyo entre el resto. Su dirección logra arrancarme una sonrisa: liam.fuckingtucker@vision.com. Siento la gran tentación de escribirle un *email* esta noche. Pero niego con la cabeza, culpándome por ser tan ingenua. Ese chico tiene como mínimo veinte años, yo tengo quince, soy una niñata para él.

Bajo las escaleras lidiando con esos sentimientos alocados que me han poseído. Imagino que no ayuda el hecho de que en clase ninguno de los que me han gustado nunca me han sonreído de ese modo. Basta con que alguien que me atraiga mínimamente lo haga para que me convierta en una *groupie* descerebrada. Me voy regañando mientras desciendo y en la segunda planta, en medio de la oscuridad, aparece él. Me tiemblan las piernas.

—Me he dejado la carpeta —me dice tocándome el brazo. Soy un puto flan.

Pasa de largo para seguir subiendo y yo me vuelvo lentamente.

—Espero que la encuentres.

¡IDIOTA! Oigo una voz en mi mente. ¿Y por qué no iba a encontrarla? No es como si estuviéramos en la universidad, en una clase de cien personas.

« Espero que no me haya oído » , me repito todo el camino hasta el metro.

Ayer mi madre me pilló desprevenida cuando me preguntó qué tal me había ido como canguro. No había dejado espacio en mi cabeza para elaborar una mentira que contarle. Y nunca me ha resultado muy difícil, soy creativa. Pero ayer, tenía la cabeza ocupada pensando en Liam y buscando información de los autores que le gustan para tener un tema de conversación en la clase de esta tarde. Al final le dije que los niños eran bastante traviesos, pero que había sabido contenerlos con un bol de palomitas y varias películas de dibujos. Por lo menos no se me da mal la improvisación. Y ahora estoy delante de la pantalla, intentando corregir lo poco que tengo escrito de la alocada aventura de Berenice en el país que se ocultaba tras la falsa pared de la habitación de su difunta abuela. La época victoriana no es lo mío, no he leído suficiente para poder situar bien la historia, y lo peor es que me da mucha pereza buscar información.

Mi madre se ha ido a trabajar pensando que esta tarde vuelvo a la misma casa, y todavía no he llamado a la verdadera interesada para preguntarle si me necesita. Debería hacerlo antes de que me quede sin blanca y mi madre se entere de que no estoy ganando dinero. De hecho, me extraña que no me haya pedido el número de esa madre inventada. Será que está demasiado ocupada con las recomendaciones de bronceado de su revista.

Suena un mensaje de WhatsApp.

Connie: Sabs cual era la sorpresa, tia?

Contesto enseguida pidiendo que me lo cuente.

Connie: Hemos ido a un parque acuático, y él también venía! Creo que mi tía sabe que me gusta. Se me deb notar un huevo.

Bambi: Y que tal en el parque?

Connie: Me daba mucha vergüenza ir en bikini delante suyo, ya sabes con los michelines.

Bambi: Va, no exageres.

Connie: Pues hemos hablado bastante pero tiene novia

Bambi: Ah, pero tu eres celosa?

Connie: jajajajaj

Connie: Como fue el curso? Mola?

Bambi: Mola mucho, tía. Además +

Sé que si le doy la importancia que estoy a punto de darle, la pelota se hará más grande y el simple hecho de pensar que un chico es atractivo se convertirá en un amor imposible. Pero no puedo evitarlo, se lo tengo que contar.

Bambi: Hay un chico en clase que uff me vuelve loca.

Connie: En serio? Ohh, cuenta, cuenta. Como se llama? Como es? Habéis hablado?

Bambi: Poca cosa que contar. Me atrae mucho pero es mayor

Connie: Mayor, cuanto?

Bambi: Noooo, no es el viejo jajajaj digo mayor, no se 19 o 20

Connie: Wala. Es guapo?

Bambi: Para mí sí, moreno, ojos verdes. Ya sabes que me gustan + que los rubios.

Connie: Dond se ponga un rubio q se quite el resto jajajaja

Bambi: No hemos hablado mucho, pero es gracioso, me gusta, bueno no lo conozco

Connie: Oohhh te has enamoradooooo

Bambi: No, bueno no se jajaj me gusta y ya sta

Connie: Flechazo0000. Cuanto dura el curso?

Bambi: Quedan dos semanas.

Connie: Pues espabila jajajaj tengo q mirar lo q dic el horóscopo, asi
sabrás cual es tu día

Bambi: Q noooo

Connie: En serio, espera

Bambi: Nno lo quiero saber tia

Llamada de Connie. Descuelgo y me río.

—No me lo digas.

—« Capricornio. Amor —me ignora Connie—. Actúa, no dejes nada a la casualidad.» Vaya ¡eso es bueno!

—Y eso ¿qué quiere decir? que me lance en plan: «Oye Liam no te conozco de nada, pero ¿por qué no me metes la lengua hasta la garganta y nos conocemos un poco mejor?» .

—Tía, calla —se ríe Connie.

—Eso sería no dejar nada a la casualidad.

—Para, para, que llevo las gomas de los aparatos y van a estallar.

—No sería la primera vez.

—Ya, pues duele mucho.

Me río.

—Pues ya que has empezado, acaba.

—« La luna transita...»

—Mierda, ya empezamos con la luna. Ya sabemos qué pasa con la luna: lo ha escrito alguien mientras estaba en el baño.

—Espera, ¿qué signo es él?

—Connie, ¡y yo que sé! Ni siquiera sé su edad. ¿Cómo voy a saber su signo?

—Pues si es Escorpio vas bien porque, aunque diga lo de la luna y eso parezca malo, luego dice que transita sobre escorpión y si él fuera de ese signo, estaría muy bien porque dice que la luna transita sobre él.

—Me puedes decir ¿qué significa eso? Que la luna transite, parece que me estés hablando de cómo están las carreteras, pero en plan místico.

—¿Me vas a dejar que acabe de leerlo?

—Pero si no me puedes explicar qué quiere decir que transite sobre un signo, pues ya me dirás qué lectura me vas a hacer.

—Está muy claro, tía. Si transita sobre ese signo, quiere decir que ahora mismo estás muy abierta a quien sea Escorpio.

—Abierta sí, se podría decir que sí.

—¡Bambi!

—Vale, vale. Sigue, te dejo acabar.

—« Leo se ha quedado atrás, pero a todos los demás transita directo» —se interrumpe un momento—, vale, eso no lo he entendido, pero luego dice que vivas la realidad y así no tendrás desilusiones.

Me quedo un instante callada.

—Joder, no creo en esta mierda, pero a veces me sorprende que suelte una de esas cosas que coincide por algo.

—Pues eso, que tengas los pies en el suelo. Cupido te ha lanzado la flecha, pero no quiere decir que a él también.

—Me da la impresión de que no es muy de flechas.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—No sé, así a primera vista parece que no se le debe dar demasiado mal ligarse a quien quiera.

—Pronto lo sabrás, ¿no?

—Supongo.

—Pero oye, no te cuelgues mucho, ¿eh? Que luego te pones depre.

—Ya, no. Te cuento, ¿vale?

—Vale.

—Ah, y lo mismo te digo.

—Sí, ya. Me aplico el cuento.

Toda historia debe de tener un detonante. Toda historia empieza explicando el mundo ordinario del protagonista y sigue con la llamada a la aventura. Al principio el protagonista se niega a aceptar la llamada sea cual sea el motivo, pero, por supuesto, para dar continuidad a la historia, acaba por aceptarla y ahí empieza el nudo. De momento mi historia con Liam se ha quedado en el mundo ordinario y no ha habido ninguna llamada a la aventura. Como lleva haciendo toda esta semana, se ha sentado con otros y está demasiado lejos para que pueda hacerle algún comentario. Eso sí, tengo que dejar de mirarlo o ya me puedo olvidar de tener algo con él. Lo que pasa es que cuesta muchísimo parar cuando él me devuelve las miradas con esa sonrisa que me derrite. Me tiene tan hipnotizada que

cuando quiero darme cuenta, resulta que me he pasado los últimos quince minutos sin prestar atención a la clase. Por eso cuando el profesor empieza a nombrar títulos de libros conocidos, no estoy segura del motivo por el que debemos tenerlos en cuenta.

—Perdona, ¿por qué ha puesto estos ejemplos? —pregunto a una señora que se sienta a mi lado. La mujer sonríe, como si echara mucho de menos tener una compañera despistada en clase, y me dice que tenemos que leernos la primera página de esos libros porque son un buen ejemplo de inicios de novela con gancho. Le doy las gracias y me lo apunto todos en una libreta.

El profesor explica que hoy acabaremos el tema del inicio de una historia y la próxima clase será más práctica porque leeremos nuestros propios textos, para analizar si los comienzos son potentes.

—Nos vemos el próximo lunes a la misma hora. Tenéis todo el fin de semana para escribir, no quiero excusas. Lo fácil es escribir el inicio, ¿no? Crear un misterio es muy fácil, resolverlo es otra cosa. —Suelta su risa alocada—. O un drama, tampoco es complicado. Bueno, no sigo porque aún nos falta hablar de los tipos de drama...

—Hasta el lunes —dice Liam cortándolo con cariño.

—Eso mismo.

Me guardo la libreta en el bolso y me encamino hacia la puerta. Mi corazón va a mil por hora porque sé que camina tras de mí. Es ahora o nunca. Cuando ya estamos en la escalera, me vuelvo ligeramente y por el rabillo del ojo compruebo que es él.

—¿No te has dejado nada, hoy?

Se coloca a mi lado, y hago lo posible por calmarme cuando vuelvo a ver esa sonrisa arrebatadora. Sabe cómo comportarse con las chicas, y eso ya debería darme pistas de cómo es.

—No, hoy lo llevo todo. —Me guiña un ojo.

Estoy a punto de seguir hablando, pero entonces baja las escaleras más rápido y se despide con un « hasta luego » . Y yo me quedo ahí con cara de lela. « Bambi, déjalo ya. Es un capricho imposible. » Eso me recuerda una frase de Oscar Wilde. No sé exactamente cómo era, pero decía algo como que el amor puede no durar para siempre, pero que un capricho dura toda la vida. No sé por qué, pero pensarlo me hace sentir mucho mejor.

Parece que no hay nada que pueda hacer para quitármelo de la cabeza. Me he levantado esta mañana con una sonrisa boba en la cara porque he soñado con él. He soñado que nos liábamos en la escalera del edificio del taller. La verdad es que la poca luz que hay ahí da pie a imaginarse ciertas escenas. Nunca me había sentido tan atraída por nadie. Cuando me he despertado habría querido seguir durmiendo eternamente, porque la realidad ni se le acerca.

En mi sueño Liam besa como nadie. Y no me ha dado tiempo a averiguar qué otras cosas sabe hacer bien, porque cuando me estaba desabrochando los botones de la camisa con esa sonrisa tan provocadora, al sol le ha dado por darme en toda la cara y despertarme. Otra vez se me olvidó bajar las persianas. Qué fallo más grande.

Todavía quedan unas cuantas horas para la clase y tengo que retocar un poco el texto, pero tampoco me vendría mal pasarme por la peluquería y cambiarme un poco el look. Hace tiempo que quiero probar a teñirme de caoba. Mi madre opina que podría quedar muy bien con mi color de ojos miel, y ella entiende de eso. De paso me compraré algo de ropa. ¡Ah! Y tengo que llamar a la madre en cuanto antes, solo espero que no me ponga los canguros a la misma hora de clase.

Cinco horas después, salgo de mi tienda preferida con un vestido nuevo, de esos que se ajustan a la cintura y hacen vuelo. Un poco pin—up, como me gustan a mí. Y el pelo ¡me encanta cómo me ha quedado! Estaba cansada de ese castaño soso, ahora estoy a tono con mi estado de ánimo. Me pregunto qué pensará Liam del cambio. Y sonrío como una tonta.

Todavía faltan veinte minutos para que empiece la clase, pero decido subir igualmente y esperar relejendo el texto, por si veo alguna otra cosa que

pueda cambiar antes de leerlo en público. Subo las escaleras, escuchando *When the sun goes down* a todo volumen. Voy subiendo y bajando la cabeza siguiendo el ritmo, y llego al rellano cantando:

They said it changes when the sun goes down
And they said it changes when the sun goes down
And they said it changes when the sun goes down
Around here
Around here

Cuando acaba la canción, y la he cantado hasta el final, me guardo los auriculares y, de pronto, oigo una voz a mis espaldas. El calor me sube a la cara hasta que arde. ¡Mierda! Me doy la vuelta. Es él.

—¿Desde cuándo llevas...?

—Sí, lo he escuchado. Lo siento, no quería interrumpirte, parecías muy puesta.

¿Será cabrón? Ha estado todo este rato riéndose de mí. Debía de estar sentado en la escalera de arriba, porque no lo he visto. En el rellano no estaba.

—Pues podrías haberme ahorrado el bochorno —suelto, apretando los labios. Me muero de vergüenza.

Entonces el profesor abre la puerta y nos recibe levantando las cejas.

—¡Ah! Qué puntuales, chicos —dice, encantado.

Estoy demasiado avergonzada para contestar, así que entro y me coloco en la silla de siempre. Esta vez, contra todo pronóstico, Liam se sienta a mi lado. Está haciendo lo posible por aguantarse la risa. Y no sé cómo tomármelo, porque sé que no está metiéndose conmigo como los de clase,

que es algo mucho más amistoso, pero se han reído tanto de mí en mi vida para dañarme que ya no consigo ver la diferencia.

—¿Qué te hace tanta gracia? Ya sé que canto fatal —digo.

—Pero lo vives y eso es mucho más importante —sonríe. Como no digo nada, continúa—: por cierto, tienes buen gusto. Viéndote pensaba que eras más de Justin Bieber.

« Este tío es un capullo. »

—¿Viéndome? ¿Y eso qué quiere decir? No me hagas hablar de ti, porque viéndote cualquiera diría que has abierto un libro en tu vida.

Nos quedamos un momento callados y Liam suelta una carcajada, y yo no puedo evitarlo y me echo a reír también.

—Ahora que ya hemos dicho lo que pensamos el uno del otro ¿por qué no nos presentamos? Soy Liam —me da la mano.

—Yo soy Bambi —le devuelvo el apretón.

—¿Y qué traes hoy? —dice levantando una ceja en dirección a mi cuaderno. Vuelvo a sentir cosquillas en el estómago. Ahora que se ha puesto a mi lado es todavía mucho más intenso.

—Es un relato un poco surrealista. Aunque el inicio es bastante normal. ¿Y tú?

—Nada especial —contesta, sacando un cuaderno muy doblado del bolsillo interior de la chupa.

—Qué modesto —murmuro amagando una sonrisa.

—Es muy importante ser modesto. Escritores con ego los hay a patadas. Me gusta ser diferente.

« Vale, como no venga alguien más me va a dar algo. Joder. Encima ahora se está quitando la chaqueta, y lleva una camiseta ajustada negra, y tatuajes. Miro hacia otro lado. Bambi, cálmate, ya basta. »

Como si alguien me hubiera escuchado, la clase empieza a llenarse. Los compañeros que llevan sentándose una semana con Liam bromean con él abucheándolo por haberse cambiado de sitio. Y uno de ellos desvía la mirada hacia mí y asiente con la cabeza como comprendiendo el motivo del cambio. No veo cómo responde él, pero me he puesto roja.

El profesor no tarda ni un minuto en recordarnos que hoy debíamos traer textos, pero antes adelanta que mañana empezaremos con el nudo, tema que se alargará casi hasta final de curso porque es el más difícil. Y el desenlace ocupará solo las dos últimas clases.

—¿Alguna pregunta antes de ponernos a leer?

Alguien pregunta si ese esquema se aplica a todos los tipos de historia, y el profesor dice que generalmente sí, a no ser que alguien quiera escribir algo vanguardista que no entendería ni el propio Joyce. Yo nunca he leído a Joyce, así que no sé por qué se ríen. ¿Debería saberlo? Cada vez que se refieren a algún autor que no he leído me siento un poco apartada del grupo, y yo misma me machaco y pienso que no pertenezco a este mundo. Y sé que lo lógico sería preguntar, porque para eso me he apuntado a un curso de literatura, pero temo que los demás se sorprendan mucho de que no lo sepa, y piensen igualmente que no debería estar aquí.

Me da bastante corte leer y creo que lo mejor será esperar a que lea el resto, que sean otros los que rompan el hielo, así estaré menos nerviosa.

—Y si un escritor tiene muy en cuenta eso, ¿no se ve demasiado la fórmula?—quiere saber Liam.

—Ya sé lo que quieres decir. Es una pregunta interesante, a ver si sé cómo contestar sin liaros mucho, porque tiene tela esto —suelta una de sus risas. Y en ese momento Liam y yo nos miramos con complicidad. A los dos nos divierte el profesor—. No, la fórmula no se ve. Yo no lo llamaría fórmula, pero ya te entiendo —dice muy rápido como si en lugar de hablar estuviera disparando y las palabras fueran las balas de una escopeta de feria—. Digamos que cuando vosotros sepáis muy bien lo que hacéis, y a lo tendréis interiorizado y os saldrá automáticamente. ¿Me entiendo?— me río por dentro por lo de «me entiendo», es posible que a veces no se

entienda ni él—. No tiene que quedar tan esquematizado en el texto porque luego entra en juego el estilo o la voz de cada escritor.

—¿Cómo se aprende eso del estilo o la voz?

—Es un poco complicado, Bambi —dice culminando con una risa—. Eso se tiene o no se tiene, pero se aprende con el tiempo.

—No sé si lo entiendo.

—Vamos a verlo. Lee —me dice.

Miro a Liam nerviosa y él asiente instándome a leer lo que tengo en la hoja impresa en ordenador. Todos me animan, y tengo tanto calor que parece que hayan encendido una hoguera a mi lado. Mis manos mojan un poco el papel.

—En realidad no está acabado.

—Pero tienes un principio, ¿no?

—¿Un principio? —Observo al profesor confundida.

—Sí, ahora estamos trabajando los principios, ¿tendrás suficiente?

La voz me tiembla un poco cuando empiezo a leer, pero al final del primer párrafo adquiero seguridad y me dejo llevar por lo que he escrito, evadiéndome al extraño mundo de Berenice.

El reloj de cuco de su habitación hace unos minutos que ha anunciado la hora punta, abriéndose una portezuela despintada por el paso de los años y saliendo por ella una pareja de campesinos, bailando junto a un cordero. A mi abuela le gustaban mucho los relojes de cuco y los hacía traer expresamente de Suiza. Pero ahora ya no está para calibrarlos y por eso han dejado de ser exactos.

Observo las piñas que cuelgan de sus finas cadenas, pero me niego a tocarlas, recordando su voz estricta. Me parece que aún la oigo, diciéndome que no toque nada, que pobre de mí si pongo un dedo sobre el reloj de cuco.

Me he escapado de la lección de Historia, aprovechando que la institutriz se ausentaba para ir al servicio y he corrido hasta aquí para hablar con mi abuela. No creo que siga aquí, tampoco que se me aparezca como fantasma, pero me gusta venir a su habitación y hablar sobre lo que pasa por mi cabeza. Ella sabía escuchar, aunque apretara la mandíbula con dureza cuando no aprobaba algún comentario, o me corrigiera constantemente el vocabulario con un gruñido. Era un gruñido cariñoso. Además, me gustaba que considerara la mayoría de mis historias como algo absurdo, porque lo absurdo siempre me pareció divertido. Nada de lo que dice la institutriz en sus lecciones es absurdo, se basa en una realidad documentada y por eso es muy aburrido. No solo se duerme mi hermano pequeño, hasta Elinor, mi perrita, se queda dormida en mi falda. Me recuerda a los sermones de la iglesia.

«Confíesate, niña. El padre Jeremy tiene que absolver tus pecados o no valdrán la pena tus oraciones», decía Judith, mi institutriz. A pesar de no poder dedicarme más que a un futuro marido, es necesario que una dama tenga conocimientos para poder conversar en sociedad.

Oigo a Judith llamarme, Berenice, Berenice, pero no quiero volver, de modo que hago lo único que acude a mi mente: agarro una de las piñas con el guante blanco y la estiro hacia abajo. Un pecado que tendré que confesar al padre Jeremy en la misa de mañana.

Los ladridos de Elinor acompañan el incesante murmullo de llaves que Judith guarda en el bolsillo delantero de su delantal. Y se acercan hacia la habitación de la abuela. Me ganaré una buena reprimenda por estar aquí, porque una dama de mi edad debería respetar el lugar de los muertos.

Nací un veintiocho de febrero, quince años atrás, y tres meses antes de lo preciso. Algo que le costó la vida a mi madre. La abuela decía que eso marcaba un carácter innato que no iba a cambiar jamás: la impaciencia. Porque podría haber esperado el momento oportuno, pero no me pude contener y los médicos no supieron reaccionar a tiempo. La impaciencia siempre ha reinado en mí, por eso no tolero del mismo modo que otros el tedio.

Me pongo en pie y me recoloco la falda, con expresión resignada en el rostro. Entonces vislumbro entre las cortinas un pequeño hueco que antes no estaba. Se ha abierto una pequeña portezuela que, al tener el mismo color que el resto de la pared, quedaba escondida.

Dichosa, corro hacia allí para esconderme dentro. No más horas soporíferas, sonrío. Y cuando cierro la portezuela algo me agarra por detrás y ahogo un grito de terror.

Levanto la vista hacia el profesor que me felicita enseguida con una de sus risas satisfechas.

—Ese es un buen final, nos tienes a todos en vilo, ¿verdad?

Los demás se muestran de acuerdo, y no puedo evitar buscar la opinión de Liam en su intensa mirada. «Muy guay», leo en sus labios. Vale, es oficial, me he enamorado.

Según los comentarios, lo tengo todo: el mundo ordinario y el detonante que empieza en cuanto alguien agarra por detrás a la protagonista. ¿Puntos negativos? A muchos se le hace extraño que un texto ambientado en la época victoriana esté escrito en primera persona del presente. De algún modo parece que la protagonista sea de nuestro tiempo, pero se haya disfrazado. La chica de los piercings, dice que me mire eso de que nace tres meses antes, porque en la época victoriana no tiene muy claro que un sietemesino pudiera sobrevivir. Otro opina que lo de la institutriz y el tedio es demasiado igual al comienzo de Alicia, que no sabe cómo voy a continuar, pero que si ahora cae por un agujero, será una copia. A lo que yo he contestado que a partir de ahora el nuevo mundo de Berenice tendrá mucho menos que ver con conejos blancos y más con lo sobrenatural y lo erótico surrealista.

«Liam», suspiro cuando rememoro lo que ha dicho Liam.

—A mí me parece un comienzo cojonudo.

Solo da tiempo de que lean dos personas más y ninguno de ellos ha llegado a ser lo suficientemente interesante para considerar el inicio como un gancho, cosa que a uno de ellos no parece haberle sentado demasiado bien; y hemos estado debatiendo un buen rato sobre el mal que hace buscarle a todo el toque comercial. Unos opinan que lo del gancho es comercial y otros que es necesario destacar con tanta competencia.

El profesor da por terminada la clase y Liam parece no tener tanta prisa

por marcharse, porque vuelve a hablarme.

—Está muy bien, dan ganas de seguir leyendo —dice levantándose. Se pone la chupa y vamos hacia la salida.

—¿De verdad?

—Sí. Si no, no te lo diría.

—¿Y tú?

Estamos en la escalera, y esta luz, su mirada. Dios. Me muero.

—¿Yo? —pregunta, confuso.

—Tu texto. No lo has leído.

—No importa. Tampoco daba tiempo.

—Sí, ya —baluceo. ¿Por qué se me atascan las palabras tanto? Me da mucha rabia.

—¿Nos vemos mañana? —dice, bajando de nuevo varios escalones de una vez.

—Oye. —Se da la vuelta, y me mira expectante—. ¿Por qué no me lo mandas por *email*? No creo que tengas ocasión de leerlo en clase con tanta teoría y eso. Tienes mi *email*, ¿no?

Sonríe.

—Vale. Te lo mando esta noche y mañana me machacas.

A la una de la madrugada me suena el móvil. Es un *email* de Liam. Solo dice: «Aquí el relato». Tengo tantas ganas de leer lo que escribe... y espero que me guste, porque no sabría cómo argumentárselo si me pareciera una mierda. Aunque algo me dice que no lo será.

AL CRUZAR EL UMBRAL

El día en que Christopher Jenkins encontró el sueño eterno solo había

salido a tomar un vaso de ginebra.

Eran pasadas las cinco de la tarde cuando notó que la sed empezaba a ser acuciante. Su lengua, agrietada como un páramo, necesitaba el fogueo del alcohol, y su criada seguía sin aparecer. Christopher no salía nunca de casa, le molestaban las voces de la plebe, como él llamaba al resto del mundo, y evitaba todo lo posible cruzar el umbral de la puerta. Un infierno era como él describía el exterior, un lugar en el que le resultaba imposible dominarse; no sabía funcionar sin rutinas, sin la rigidez de las normas de abolengo que imperaban en su morada desde que era un infante.

Sin embargo, la necesidad lo estaba volviendo loco y los gritos golpeaban las paredes con más furia cada vez, como bestias enjauladas, despotricando por todos los rincones. ¡Maldita seas, mujer! ¡¿Dónde demonios está mi botella de ginebra?!

No tuvo más remedio que cruzar el umbral de la puerta e ir hasta la taberna más cercana. Anduvo solo dos cuadras, no obstante el barullo que encontró de camino tensó cada una de sus articulaciones y desbarató los códigos de conducta que había memorizado; de modo que, al colocarse frente a la moza que atendía la barra, solo dijo «Ginebra», con una voz semejante al sonido de una lija. Al instante en que la muchacha se volvió aparecieron dos hombres y se sentaron a un lado y a otro de Christopher.

—Te has marchado muy apresuradamente. Por un momento creíamos que te habíamos perdido —dijo el hombre que se había sentado a su derecha. A pesar de que en su aspecto no había rastro de violencia, el tono con el que se había dirigido a él era intimidante.

Christopher no contestó enseguida y mantuvo el ojo puesto en la botella de ginebra que estaba a punto de llenar su vaso. Se pasó la lengua por los labios.

—Sabes que no podías ir muy lejos, ¿verdad? —intervino el otro, con esa vocecilla aguda que tanto le irritaba. Se abstuvo de responder también en esta ocasión, pues estaban sirviendo su tan ansiado brebaje frente a él.

—Aquí tiene. Son cincuenta centavos.

Christopher sació la sequía de su boca dando un sorbo.

—Oye, ponme una copa de añejo —solicitó el de la derecha con malos

modos, y no le valió ni una pizca de atención por parte de la moza, que esperaba las monedas.

—¿Es que no lo has oído? —graznó el de su izquierda, pero tampoco así la hizo reaccionar. Christopher no estaba seguro de si era habitual en esa taberna ignorar a los clientes problemáticos, pero no iba a pararse a pensarlo más de un segundo, lo traía sin cuidado, él solo había ido a tomarse un vaso de ginebra.

—Si no me paga, ya puede olvidarse de volver —advirtió con acritud. Christopher sacó un billete de diez y le dijo que le sirviera ginebra hasta donde llegara con aquello. y ella dejó la botella a su alcance.

—¿Me vas a poner lo que te he pedido, mujer? —vociferó el de su derecha, dando un golpe a la mesa. El posavasos de cartón dio un salto y ya fue más de lo que consiguió de la mujer.

—Puede servirse usted mismo —contestó ella mientras caminaba hacia el otro lado de la barra, ladeando la cabeza, lejos de perder los nervios y rebajarse a la altura del hombre.

—¿Qué ha querido decir esa puerca? —escupió el de la derecha, indignado.

—Que te bebas la ginebra —le aclaró el otro—, eso es lo que ha querido decir. —Pero antes de que pudiera hacerse con ella, Christopher ya la tenía escondida bajo el brazo, como si de una reliquia se tratase.

—¿Te crees que me importa la maldita ginebra? Sabe a rayos —resopló el hombre poco impresionado—. Le he pedido un añejo y se atreve a tratarme como a una rata mojada.

—A mí ni siquiera me ha mirado —se quejó el otro. Su voz aguda se le antojó a Christopher como un clavo en el cerebro.

—¡Callaos! Dejadme vivir tranquilo —gruñó, abrazando la botella. Varios clientes se volvieron; la mirada de algunos brillaba con desprecio y otros solo parecían desconcertados.

—Ha sido muy mezquina contigo también, Christopher. ¿Vas a dejar que una mujer te pase por encima? —le preguntó el de la derecha. Christopher se sirvió otro vaso de ginebra por toda respuesta.

—Se hace el sordo. Me saca de mis casillas cuando finge que no nos oye —
sentenció el de la izquierda.

—Pero al final nos acaba escuchando.

Un segundo trago de ginebra bajó por su garganta, relajando sus músculos y dándole esa calidez en el cuerpo que cualquier otra persona lograría arrebuñándose junto al hogar. Lo notó en sus miembros; el murmullo de la plebe ya no le producía la misma intranquilidad que antes de tomarse la primera copa. Necesitaba su ginebra, no podía vivir sin ella, y, aun así, la criada había tenido la desfachatez de dejarlo huérfano de su amada.

—Christopher —susurró el de la derecha. Los susurros eran malos, lo sabía, pero estaba perdiendo aplomo—. Me sorprende que permitas que traten así a tus camaradas. Queremos añejo y estamos en una taberna, pero no nos sirven ni una gota. Es una actitud deleznable. —Solo él susurraba, porque el pitido del otro hacía imposible tal hazaña.

—No se lo has pedido cortésmente.

El hombre se puso en pie para mirarlo desde arriba, los ojos centellando, como dos llamas encendidas.

—¡Al diablo con eso! Este es un mundo de hombres, camarada. Y esa golfa no puede estar a nuestra altura. Es intolerable que me pidas que le hable con cortesía, porque solo a un igual se le habla así. Una lección habría que darle a esa puerca.

—¿Te has olvidado de tu madre? —convino el otro. La pregunta hizo que su voz se le clavara con más intensidad.

—¡Ni se te ocurra hablar de mi madre! —La ginebra hizo trastabillar la frase, pero no así el tono de voz que atrajo las miradas de todos. La muchacha se acercó vacilante.

—Creo que ya ha bebido suficiente por hoy —dijo, y alargó la mano.

—¡Y ahora quiere quitarte la ginebra! —por la izquierda.

—¿Es que vas a dejar que todas te quiten la ginebra? —por la derecha.

—¿Quiere hacer el favor de devolverme la botella? —en frente.

—La he pagado, puerca —gruñó Christopher.

El insulto le hizo abrir los ojos a la muchacha, dos esferas de color ámbar.

—Será mejor que se vaya ahora mismo —le pidió alzando la voz, para llamar la atención del resto de los clientes, señalándolo con la cabeza.

—Y ahora encima nos echa —susurró—. Nos iremos cuando nos parezca que tenemos que irnos, no porque lo diga una fulana como tú —atacó el de la derecha.

—¡Eso mismo! Nos iremos cuando nos plazca, ramera —bramó Christopher.

—¡Muy bien, muy bien! Ese es nuestro Christopher —vitoreó el de la derecha palmeándole la espalda. El de la izquierda observaba la escena como un crío en un parque de atracciones.

—¡Váyase de aquí si no quiere que llame a la policía! —chilló la moza. Los que se encontraban en la otra punta de la barra ya se habían acercado a Christopher, pero él estaba súbitamente ciego de ira. No soportaba los gritos de las mujeres, le perforaban el cráneo.

—Dejaste que tu madre te gritara y mira cómo acabaste —dijo el de la voz aguda.

—¿Qué dijiste entonces? ¿¡Qué dijiste!? —Un golpe amistoso chocó en su hombro derecho.

—Nunca dejaré que vuelva a gritarme una mujer —bramó Christopher y dejó caer la botella para agarrar del pelo a la muchacha y acercarla para asirle del pescuezo.

—Y te pegaba, ¿lo recuerdas? Y tú dejabas que lo hiciera porque no querías lastimarla, porque era tu madre. ¿Qué dijiste entonces, Christopher?

—Que jamás dejaría que me maltrataran.

Su fuerza era tan bruta que a los hombres les costó gran esfuerzo alejarlo de la mujer, en cuyos ojos empezaban a brotar los signos de la asfixia. Cuando las manos de Christopher dejaron de apretar su cuello, el aire que entró en sus pulmones debió abrasar su cuerpo, y cayó al suelo desmayada, tras la barra.

Los golpes se estrellaron en la cara de Christopher; pero él solo veía a los dos hombres que lo habían acompañado durante todo ese rato, mirándolo desde arriba con una sonrisa, como si hubieran deseado ese final desde el principio. Ahora lo recordaba, los gritos de la criada y la sangre en el culo de la botella de ginebra. Tenía una botella de ginebra en casa, pero había querido escapar de las voces que por primera vez fue incapaz de sosegar, incluso dentro de la rígida estructura que siempre había habido en su casa. El sabor metálico se mezclaba con el de la ginebra, era una combinación extraña; no supo por qué eso le hizo sonreír, quizás era simple reflejo de esos hombres que continuaban observando cómo su cara iba deformándose y partiéndose sus dientes.

El día que Christopher Jenkins cruzó el umbral de la puerta solo había salido a tomar un vaso de ginebra, y el sueño eterno lo encontró.

—¿Y bien?

Como si nos hubiéramos leído la mente, hemos venido veinte minutos antes otra vez y nos hemos vuelto a encontrar en el rellano, pero esta vez, los auriculares están en el bolso.

—Muy violento —digo.

—¿Y ya está?

—No, está bien, tiene algo muy oscuro que me gusta. El prota tiene esquizofrenia, imaginó.

—No lo explico tal cual, pero a sus compañeros de taberna se los imagina, sí.

—Me ha gustado. —Me ahorro decirle que él me gusta mucho más, y espero que mi mirada no sea demasiado reveladora.

—¿Y tú has avanzado algo con Berenice?

—De momento nada.

—Tengo muchas ganas de leer esa parte erótica.

Un momento, ¿le dije que era erótica? Creo que solo se lo dije al profesor.

Pero ahora no estoy segura. Quizás ha estado más pendiente de mí de lo que pensaba. Solo quizá.

—Puedo mandártelo también por *email* cuando lo acabe.

La puerta se abre. Y el profesor nos hace pasar con galantería, como si viniéramos a alguna especie de *cóctel* de alto copete.

—¿Sabes qué es lo que más me intriga de Christopher? —le pregunto cuando nos sentamos. Él espera que responda—. Que es imposible saber lo que pasa por su cabeza. —Y es exactamente lo que me pasa con él.

—Es parte de su encanto —dice. Y me sonríe de ese modo que me hace dudar de si quiere algo más conmigo.

No me he dado cuenta, pero ya han llegado todos, así que el profesor empieza, sin ningún tipo de preámbulo, a explicar en qué consiste el nudo.

Cuando lleva más de media hora hablando y poniendo ejemplos, Liam me toca el brazo, y siento un vértigo delicioso. Me vuelvo y me señala su cuaderno. Cuando miro lo que hay escrito, casi no me puedo creer lo que leo.

¿Tienes planes después de clase?

¡Quiere algo conmigo! Podría ponerme a saltar de la emoción. Escribo en mi libreta que no, no tengo planes. Y cuando lo lee, se limita a asentir con una sonrisa que me deja sin aliento.

El rato de clase se me está haciendo tan eterno como en el instituto, pero por motivos muy distintos. No puedo esperar a seguir hablando con él; hablando, o no. Me río por dentro, dichosa. La verdad es que tengo los nervios a flor de piel. Solo lo he hecho una vez, hace un año, y fue un desastre.

Me obligo a frenarme. Por mucho que quiera algo conmigo no pienso llegar tan lejos tan pronto. Sería dejárselo demasiado fácil. Pero por otro lado, no tengo ni idea de si podré controlarlo. Me tiene loca.

Las tan ansiadas palabras llegan, el profesor nos despide hasta la próxima clase, y miles de millones de hormigas recorren todo mi cuerpo.

—Entonces, ¿te hace tomar algo? —propone.

—¡Claro!

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos. Estoy sentada delante de Liam en un sillón de una cafetería, y desde que hemos salido no ha dejado de admirar mi relato. Dice que me piense mucho lo del punto de vista porque a él le parece original, y justamente piensa que se aleja de los típicos de la época. Quizá simplemente debiera revisar el vocabulario, porque había alguna palabra que sí quedaba fuera del contexto de la época.

—¿La institutriz es muy importante en el relato?

—Pues no estoy segura —le digo sirviéndome la Coca—Cola.

—Bueno, ¿sale más en la historia?

—Aún no la he acabado.

Liam mira a un lado y a otro y saca una petaca de la bolsa donde guarda la carpeta. Se echa un chorro en el vaso de Coca—Cola.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Un chorro de felicidad. ¿Quieres? —me pregunta alzando una ceja. No me vendrá mal un poco de felicidad, pienso.

—Vale. Pero muy poquito.

—Aunque no la hayas acabado, sabrás si aparece o no, digo y o.

—Pues no. Normalmente no sé cómo van a ir mis historias hasta que no me pongo a escribir.

—Peligroso, chica. Seguro que lo cuenta el doctor Who cuando entremos de lleno en la parte del nudo.

—¿Doctor Who?

—Sí, tiene pinta de doctor chiflado de las letras. Seguro que se pone fino de whisky y se sienta a hablar con el mismo Hemingway.

Suelto una risotada.

—Es verdad que parece un exalcohólico. El primer día pensé que me había equivocado de sitio y eso era como un grupo de terapia.

Liam también se echa a reír.

—Eso había sido un club de alcohólicos anónimos, te lo digo yo, y al profe no le dio tiempo de redistribuir las sillas.

Soltamos una carcajada.

—Me llamo Bambi Peterson y soy escritora. —Me he vuelto a servir otro chorro de felicidad. Puedo acabar muy mal.

—Llevo cuarenta y cinco días y dos horas sin escribir —continúa Liam.

—¿De verdad?

—¡Qué va! Si te mandé lo del umbral.

—Ah, sí —« Céntrate, idiota» .

Bebe otro trago sin quitarme ojo de encima.

Mi estómago es un cúmulo de nervios que se destensan a medida que el fuego del alcohol baja por mi garganta. Me lo he cargado más la segunda vez. Necesito destensar la lengua, ahora que la estúpida voz de la conciencia ha dejado de torturarme.

—Entonces, Bambi, ¿qué les pasaba por la mente a tus padres para elegir ese nombre?

Jarrón de agua fría. ¿Se está riendo de mi nombre?

—Yo que sé. A mi madre le parecía un nombre artístico. Sonaba bohemio y estaba en una época gilipollas en que cualquier cosa que sonara exótica le parecía lo más.

—Pues me gusta.

—¡Venga ya! Si lo has dicho como si fuera ridículo.

—No, solo quería saber si había sido en un momento de iluminación rollo Carroll.

Suelto una carcajada. Hay algo en él que me hace sentir como si ya lo conociera, nunca he tenido una conversación tan fluida con un chico antes.

—Suenas, no sé italiano.

—¿Italiano?

—Sí, como *bambina*, ¿sabes? Claro, por eso me suena italiano.

—Ah, pues no lo había relacionado antes.

—Sí, *bambina* suena bien.

Cuando lo dice nos quedamos un rato mirándonos, y me parece que se alarga bastante. El cosquilleo en mi estómago se propaga por todo mi cuerpo.

—¿Has escrito ya la parte erótica del texto?

—Sí, algo he escrito. —Tengo mucho calor. No puede ser casualidad que haya sacado este tema, ¿no? Pero yo no he estado con muchos tíos, no tengo experiencia y me da miedo lanzarme en la primera cita. Me paro un momento a pensar si estoy en una cita o no. No lo sé.

—Tengo mucha curiosidad.

Aunque no lo ha dicho en un tono que lleve a pensar que insinúa algo, yo estoy a punto de lanzarme a sus brazos.

—Creo que falta mucho de eso en general —dice.

—¿De eso?

—Erotismo. Experimentar. Quiero decir que nos dejamos influir mucho por lo que la sociedad considera « normal » —hace comillas con los dedos — en cuanto a las parejas y demás.

Debo seguir con la misma cara de perplejidad porque continúa explicando.

—A ver, ¿tú cuántos años tienes?

Por mucha felicidad que me haya bebido, acaba de ser arrojada por el retrete. La pregunta ha sonado a « eres una cría » .

—Quince. ¿Y tú?

—Dieciocho. Y con quince años, ¿cuál es tu concepto de relación?

—No lo sé —me estoy poniendo muy nerviosa y tengo la boca pastosa—. Me gustaría tener pareja, supongo.

—¿Ves? —señala—, ahí lo tienes, joder. Quieres a alguien fijo porque eso es lo que la sociedad nos enseña, pero en realidad deberíamos estar con quien nos saliera de los cojones.

Me acabo la bebida de un trago.

—Sí —digo alzando un brazo como si estuviera vitoreando—. Aunque también me parece bien tener una relación con alguien, no es tan superficial.

—¿Con quince años?

Vuelve a recalcar la edad. Me ve como a una niña. Encima me dice que no me eche más ron, como si fuera mi hermano mayor. Soy una ilusa.

—Es por cómo soy. No me gustan los rollos de una noche, me parece algo superficial.

—Eso es lo que te hacen pensar. Nos hacen darle vueltas a todo y nos joden la cabeza. Cuando te lías con alguien lo haces porque te apetece y punto.

De repente me encuentro muy mal. Estoy mareada.

—Oye, ¿estás bien?

Niego con la cabeza. Momentos después, estoy en el baño de la cafetería devolviendo, y cuando salgo el camarero nos echa enfadado porque allí no sirven alcohol y le dice a Liam que debería darle vergüenza emborrachar a una menor, porque al parecer se nota mucho que soy menor.

Antes de irnos, me lleva aparte y me pregunta si llama a alguien para que venga a buscarme, fulminando con la mirada a Liam. Pero me niego y me resguardo bajo el brazo de ese chico con el que ya sé que no llegaré a nada de lo que anhelo.

Caminar me ayuda, y Liam se ofrece a acompañarme hasta la estación de metro más cercana. Todavía no son ni las seis y tengo que pensar de qué modo quitarme la borrachera antes de que me vea mi madre.

—No creo que haya sido el alcohol —digo. Liam me mira frunciendo el ceño.

—Creo que tu explicación sobre lo que nos dicta la sociedad me ha hecho vomitar.

Liam suelta una sonora carcajada y yo doy rienda suelta a mi risa con esos intensos pitidos que parecen los de una asmática sin dosis de Ventolín. Eso todavía hace que Liam se ría más.

—En serio, esa risa no es normal.

Y seguimos riéndonos hasta que llegamos al metro.

—¿Nos vemos mañana en clase? —digo a modo de despedida.

—Claro, Bambina. ¿Puedo llamarte Bambina?

Asiento con una sonrisa. Me ve como a una amiga, pero eso está bien, no voy sobrada de amigos. Solo tengo que aceptarlo.

—Sí, Bambina me gusta mucho más que Bambi.